

Verano/12

Recambio y fuera

(Por Rodrigo Fresán)

El sueño que tuvo ayer —el sueño que tuvo la última noche de sus vacaciones— no es del todo extraño, le dicen. Es un sueño colectivo, una de las más transitadas autopistas de Oniría. Todo el mundo —tarde o temprano— sueña con eso al final de sus vacaciones. En el sueño dejaba las playas de Canciones Tristes para volver a su casa, a su "lugar de origen" y —claro— en el momento mismo en que bajaba las valijas descubría que él ya no vivía en el lugar de donde había salido; que otra gente había ocupado su lugar y su casa y su historia y lo miraban desde la puerta con pupilas entre desafiantes y atemorizadas. "Quédate acá que voy a buscar el rifle", le decía el hombre enfundado en su bata a la mujer que leía uno de sus libros. Lo despertó el sonido de un disparo en su sueño y el de un trueno en la playa. Ahora piensa en el sueño mientras camina por la calle junto a la costa —la única calle asfaltada— y contempla la caravana de autos que se va armando con desprolija y resignada voluntad. Pronto —en cuestión de horas— la caravana será un reflejo, la definitiva flecha marcha atrás que se hundirá en uno de los flancos del verano. Y el verano va a morir.

Cuatro semanas atrás contempló la hemorragia del primer recambio. Los autos que se iban desbordando piel bronceada y —enseguida— la transfusión de piel pálida que permitía la continuación del asunto por un mes más. Pero ahora —no hay dudas— el verano se muere como si se tratara de uno de esos poderosos mamíferos prehistóricos y mal compaginados con los días que corren. Descubre que —si se concentra un poco— puede oír el latido del embrión del otoño, su inocultable futuro en la sal del aire. Respira produciendo la agonía de la clorofila.

Recuerda haber leído —demasiado tiempo atrás— un cuento sobre las casas que quedaban vacías cuando la vida se iba por el resto del año y que sólo parecían cobrar vida cuando la forma del verano se volvía tangible. El cuento hablaba de los fantasmas de los anteriores inquilinos, de los libros dejados atrás, del eco de conversaciones y de la inalterable curva de la orilla.

Recuerda también haber llegado a las playas de Canciones Tristes huyendo de los ruidos de la ciudad y que —el primer día aquí— el estruendo del mar le pareció una variación insospechada del espanto al que le escapaba. Entonces había llegado hasta el borde del mar para caer de rodillas con las manos en los oídos y una sonrisa que apenas sabía nadar.

Ahora, tanto tiempo después, el ritmo de su respiración está sincronizado con el vals de las aguas y —repasa el sueño de la noche anterior— se sorprende feliz al descubrir que no va a volver.

Que se queden con todo, que ocupen su lugar porque él va a estar bien aquí. Va a aferrarse a las crines del verano y va a cabalgar su fantasma a lo largo del otoño y el invierno y la primavera. Va a quedarse aquí hasta el año que viene cuando —durante los primeros días de verdadero calor— el reflejo de un ejercicio de metal y humo y ruedas en el horizonte le advierta que todo vuelve a empezar. Igual pero diferente.

Porque —como la sal— para entonces él será invisible y orgulloso e inamovible parte del paisaje y de la forma del verano.

HASTA EL PROXIMO VERANO

**MAR DEL PLATA
JUGUEMOS
LIMPI**



REVELANDO SUS FOTOS EN



CUORE

FOTOCOLOR EN MINUTOS

PLANTE UN ARBOL CON IDEA

Esta campaña está basada en un trabajo conjunto entre la actividad oficial (Sub. de la Juventud, Sub.Sec. de Med. Ambiente), la privada (CUORE) y los SCOUTS de Mar del Plata

Raymond Carver fue mi querido amigo y aún hoy siento su presencia en mi vida. Espero y confío en que siempre será así. Fue Ray quien me dio la noticia de que mi primer hijo había nacido, y Ray y Tess Gallagher fueron quienes se quedaron con ese chico toda la noche en que mi segundo hijo llegó a este mundo. Enseñamos juntos durante años. Fue Ray quien me trajo a Syracuse, me encontró una casa y me ayudó con mi trabajo. Muchos de mis amigos eran también amigos de Ray y hay momentos en que me parece oírlo en sus voces del mismo modo que ellos sentirán a Ray en mi voz.

No tenía demasiadas ganas de escribir sobre Ray. Escribir sobre él implica un sustancial reconocimiento—reconocimiento del hecho de que ya no está entre nosotros—que yo he sido bastante bueno en negar. Y no hay modo de contenerlo en palabras. El era demasiado grande, demasiadas personas, había demasiado de Ray. Pero yo conocí a Ray en un buen momento, en su mejor época según él mismo admitió, cuando ya se había desligado de una vida que casi lo había destruido para abrazar una vida de dignidad, honor y placer. Lo que intento conseguir aquí es recordar unos cuantos momentos de esos días sin el menor deseo de presentarlos como un todo. Esto no es un recuento o una elegía. Ray me dijo adiós pero yo todavía no estoy listo para decirle adiós a él.

Nuestros caminos se cruzaron por primera vez en Palo Alto en 1976, aunque más tarde él afirmara no recordarlo. Lo que es bastante normal. Mi motivo para no olvidarme de la fecha tiene que ver con que ¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor? acaba de ser editado. Yo ya había leído algunos de esos cuentos y los había admirado; pero leerlos todos juntos y en cierto orden era una experiencia diferente, una experiencia que te excitaba y te hacía sentir humilde al mismo tiempo. Una detrás de otra, estas historias brindaban un nuevo paisaje de Norteamérica con una voz que jamás había oído antes. Su humanidad y exactitud y esquivo humor, su música hallada en el lenguaje cotidiano—en los mismísimos fracasos del lenguaje cotidiano—me emocionaron enormemente. Estaba claro que Ray era un maestro. Mejor aún, Ray era un maestro de la forma que era mi pasión y en la que yo recién empezaba a sacar páginas lo suficientemente dignas como para mandarlas por correo a las revistas.

Entonces yo enseñaba en Stanford y Ray vivía por ahí cerca. Nos encontramos en algunas fiestas pero nunca llegamos a hablar. De cualquier modo—de haber conversado—es probable que Ray no lo recordara, porque me refiero aquí a fiestas en serio, a fiestas estilo *no-tomen-prisioneros* que llegaban a durar días o hasta que los policías decidieran ponerle fin a todo el asunto. Y por entonces Ray se encontraba en las horas más oscuras de sus noches de bebedor. El licor se aferraba a Ray y uno casi podía sentir la fuerza de su abrazo con sólo mirarlo a los ojos. Estaba inquieto, irritable. Su piel tenía el color de la tiza, sus ojos hundidos y vigilantes, no con el constante interés chejoviano de sus últimos años sino siempre nerviosos. Movía su enorme cuerpo de aquí para allá con un aire de incomodidad y hasta de disculpa. Sus amigos lo llamaban Perro de Carrera.

Cuando pienso en Ray pienso en el apetito. Siempre estaba consumiendo algo: un trago, cigarrillo, un pedazo de comida. En una fiesta de cumpleaños particularmente salvaje—una fiesta donde una mujer sin hijos fue descubierta intentando amamantar a un bebé ajeno—Ray y un amigo se robaron la torta y se la comieron entera adentro de un auto. La chica del cumpleaños compartía una oficina conmigo y estuvo amargada por el episodio durante semanas. Después de todo, ella había organizado la fiesta y había comprado la torta. Ella insistía en hacerle saber a Ray lo que pensaba. Pero por más que pertinentes razones—una de ellas impositiva—no era fácil localizar a Ray por esos días, pero al final se lo encontré en la calle.

—Tenemos que hablar. Tenemos que hablar sobre la torta—demandó ella.

Junto a sus amigos Raymond Carver y Richard Ford, Tobias Wolff—“Vida de este chico”, “The Stories of Tobias Wolff”—es responsable de uno de los más felices reverdecidos de la literatura norteamericana contemporánea. Llamarlo “minimalista” suena—a esta altura—casi ofensivo. Sus recuerdos de Carver—a quien siempre consideró como su maestro—aparecieron por primera vez en el mensuario “Esquire” y fueron recientemente recopilados con el título de “Appetite” cerca del final de “Remembering Ray”, biografía colectiva a uno de los indiscutidos maestros del cuento. Por eso, nada más pertinente que despedir al Verano/12 '94 con este sentido homenaje a quien no sólo disfrutaba contando historias sino que, también, las escuchaba con atención.

—No hay nada que hablar. Ya nos la comimos—contestó Ray.

Pero no fue el quedarnos despiertos toda la noche—o encontramos juntos en las más particulares circunstancias—lo que nos convirtió en amigos. Fueron las historias. Historias y contar historias. La raíz de nuestra amistad se volvió inquebrantable y se refrescaba en el acto de contarnos historias. Ray era un gran narrador. Hablaba en una voz apagada y secreta que te hacía inclinarte hacia él para escuchar mejor, para no perderte una sola de sus palabras. En ocasiones se detenía y miraba a los costados como si temiera la presencia de espías. El tenía este modo de compartir confidencias—las propias y las de extraños—siempre y cuando te comprometieras a no repetirlas después. Su tempo era perfecto, su presencia tan agradable como la del fuego que él y Tess mantenían encendido desde los primeros días de setiembre hasta el final de mayo.

Y era un gran oyente. Su curiosidad era casi depredadora. Te escuchaba con su cabeza inclinada y un brillo en el ojo entrecerrado como si fuera un hombre haciendo puntería. Había una vibración en el modo en que te escuchaba, una suerte de falta de aliento, como si todo de-

pendiera de lo que ibas a decir a continuación. Siempre mostraba su sorpresa y su entusiasmo y su asombro. “¡No!”, gemía, “¡No!” y “¡Jesús!” y “¡No me digas!”. Cuando se llegaba al momento de una revelación particularmente horrible, Ray sacudía su cabeza para decir que “¡Ahí afuera hay una jungla, Toby, hay una jungla ahí afuera!”.

Ray parecía exudar una honestidad sólida como roca y el efecto que provocaba era que uno podía ser igualmente honesto con él. Ray te aceptaba como eras, con toda la escasa santidad o heroísmo que tuvieras en tus acciones siempre y cuando no pretendieras adjudicarte más medallas de las que te correspondían. Siempre me sentí absolutamente libre en su compañía. Yo podía—y lo hacía—revelar cualquier cosa para aplacar el insaciable apetito que Ray sentía por historias a escala humana, historias sobre la desventajosa batalla que nuestras buenas intenciones libraban contra nuestras circunstancias y nuestras naturalezas. Eso era otra faceta del apetito que lo gobernaba. De hecho, sentía tal hambre por estas historias que un buen día me descubrí confesando algo que no era cierto simplemente para mantenerme su altura.

Ocurrió así. Los dos vivíamos en Arizon

RAYMOND CARVER



Traducción y adaptación de Rodrigo Fresán

LAS FORMAS TRADICIONALES DE PAGO ESTAN TECLEANDO

**PAGO
AUTOMÁTICO DE
SERVICIOS**



BANCO PROVINCIA ES EL PRIMERO EN OFRECERLE EL PAGO DE LOS IMPUESTOS A TRAVÉS DEL SERVICIO DE BANCA ELECTRONICA PERSONAL BAPRO.



BANCO PROVINCIA
El Banco de la Provincia de Buenos Aires

CADA DIA MAS BANC

Raymond Carver fue mi querido amigo y aún hoy siento su presencia en mi vida. Espero y confío en que siempre será así. Fue Ray quien me dio la noticia de que mi primer hijo había nacido, y Ray y Tess Gallagher fueron quienes se quedaron con ese chico toda la noche en que mi segundo hijo llegó a este mundo. Enseñamos juntos durante años. Fue Ray quien me ayudó en Syracuse, me encontró una casa y me trajo con mi trabajo. Muchos de mis amigos eran también amigos de Ray y hay momentos en que me parece oírlo en sus voces del mismo modo que ellos sentían a Ray en mi voz.

No tenía demasiadas ganas de escribir sobre Ray. Escribir sobre él implica un sustancial reconocimiento—reconocimiento del hecho de que yo no está entre nosotros—que yo he sido bastante bueno en negar. Y no hay modo de contenerlo en palabras. El era demasiado grande, demasiadas personas, había demasiado de Ray. Pero yo conocí a Ray en un buen momento, en su mejor época según el mismo admitió, cuando ya se había desilgado de una vida que casi lo había destruido para abrazar una vida de dignidad, honor y placer. Lo que intento conseguir aquí es recordar unos cuantos momentos de esos días sin el menor deseo de presentarlos como un todo. Esto no es un recuerdo o una elegía. Ray me dijo adiós pero yo todavía no estoy listo para decirle adiós a él.

Nuestros caminos se cruzaron por primera vez en Palo Alto en 1976, aunque más tarde él afirmaba no recordarlo. Lo que es bastante normal. Mi motivo para no olvidarme de la fecha tiene que ver con que *Quiero hacer el favor de callarte, por favor* acaba de ser editado. Yo ya había leído algunos de esos cuentos y los había admirado; pero leerlos todos juntos y en cierto orden era una experiencia diferente, una experiencia que me enseñaba lo que había sentido cuando leí el mismo tiempo. Una de esas, estas historias brindaban un nuevo paisaje de Norteamérica con una voz que jamás había oído antes. Su humanidad y exactitud y esquivo humor, su música hallada en el lenguaje cotidiano—me emocionaron enormemente. Estaba claro que Ray era un maestro. Mejor aún, Ray era un maestro de la forma que era mi pasión y en la que yo recién empezaba a sacar páginas lo suficientemente dignas como para mandarlas por correo a las revistas.

Entonces yo enseñaba en Stanford y Ray vivía por ahí cerca. Nos encontramos en algunas fiestas pero nunca llegamos a hablar. De cualquier modo—de haber conversado—es probable que Ray no lo recordara, porque me refiero aquí a fiestas en serio, a fiestas estilo *no-tomen-prisioneros* que llegaban a durar días o hasta que los policías decidieran ponerle fin a todo el asunto. Y por entonces Ray se encontraba en las horas más oscuras de sus noches de bebedor. El licor se aferraba a Ray y una cosa podía sentir la fuerza de su abrazo con sólo mirarlo a los ojos. Estaba inquieto, irritable. Su piel tenía el color de la tiza, sus ojos hundidos y vigilantes, no con el constante interés chejoviano de sus últimos años sino siempre nerviosos. Movía su enorme cuerpo de aquí para allá con un aire de incomodidad y hasta de disculpa. Sus amigos lo llamaban Perro de Carrera.

Cuando pienso en Ray pienso en el apetito. Siempre estaba consumiendo algo: un trago, cigarrillo, un pedazo de comida. En una fiesta de cumpleaños particularmente salvaje—una fiesta donde una mujer sin hijos fue descubierta intentando amantarse a un bebé ajeno—Ray y un amigo se robaron la torta y se la comieron entera adentro de un auto. La chica del cumpleaños compartía una oficina conmigo y estubo amagada por el episodio durante semanas. Después de todo, ella había organizado la fiesta y había comprado la torta. Ella insistía en hacerle saber a Ray lo que pensaba. Pero por más que pertinentes razones—una de ellas impositiva—no era fácil localizar a Ray por esos días, pero al final se lo encontré en la calle.

—Tenemos que hablar. Tenemos que hablar sobre la torta—demandó ella.

Junto a sus amigos Raymond Carver y Richard Ford, Tobias Wolff—*"Vida de este chico"*, *"The Stories of Tobias Wolff"*—es responsable de uno de los más felices reverdecidos de la literatura norteamericana contemporánea. Llamarlo "minimalista" suena—a esta altura—casi ofensivo. Sus recuerdos de Carver—a quien siempre consideró como su maestro—aparecieron por primera vez en el mensuario "Esquire" y fueron recientemente recopilados con el título de "Appetite" cerca del final de "Remembering Ray", biografía colectiva a uno de los indiscutidos maestros del cuento. Por eso, nada más pertinente que despedir al Verano/12 '94 con este sentido homenaje a quien no sólo disfrutaba contando historias sino que, también, las escuchaba con atención.

—No hay nada que hablar. Ya nos la comimos—contestó Ray.

Pero no fue el quedarnos despiertos toda la noche—o encontramos juntos en las más particulares circunstancias—lo que nos convirtió en amigos. Fueron las historias. Historias y contar historias. La raíz de nuestra amistad se volvió inquebrantable y se refrescaba en el acto de contarlos historias. Ray era un gran narrador. Hablaba en una voz apagada y secreta que hacía inclinar hacia él para escuchar mejor, para no perderse una sola de sus palabras. En ocasiones se detenía y miraba a los costados como si temiera la presencia de espías. El tenía este modo de compartir confidencias—las propias y las de extraños—siempre y cuando te comprometieras a no repetirlos después. Su tiempo era perfecto, su presencia tan agradable como la del fuego que él y Tess mantenían encendido desde los primeros días de setiembre hasta el final de mayo.

Y era un gran oyente. Su curiosidad era casi depredadora. Te escuchaba con su cabeza inclinada y un brillo en el ojo entrecerrado como si fuera un hombre haciendo puntería. Había una vibración en el modo en que te escuchaba, una suerte de falta de aliento, como si todo de-

pendiera de lo que ibas a decir a continuación. Siempre mostraba su sorpresa y su entusiasmo y su asombro. "¡No!", gemía, "¡No!" y "¡Jesús!" y "¡No me digas!". Cuando se llegaba al momento de una revelación particularmente horrible, Ray sacudía su cabeza para decir que "¡Ahí afuera hay una jungla, Toby, hay una jungla ahí afuera!".

Ray parecía exudar una honestidad sólida como roca y el efecto que provocaba era que uno podía ser igualmente honesto con él. Ray te aceptaba como eras, con toda la escasa santidad o heroísmo que tuvieras en tus acciones siempre y cuando no pretendieras adjudicarte más medallas de las que te correspondían. Siempre me sentí absolutamente libre en su compañía. Yo podía y lo hacía—revelar cualquier cosa para aplacar el insaciable apetito que Ray sentía por historias a escala humana, historias sobre la desventajosa batalla que nuestras buenas intenciones libraban contra nuestras circunstancias y nuestras naturalezas. Esa era otra faceta del apetito que lo gobernaba. De hecho, sentía tal hambre por estas historias que un buen día me descubrí confesando algo que no era cierto simplemente para mantenerme a su altura.

Ocurrió así. Los dos vivíamos en Arizona

entonces. Solíamos visitarnos seguido. Una noche, Ray y yo íbamos en el automóvil a algún lado intercambiando anécdotas de nuestro pasado. Ray contó algunas historias de sus días de borracheras conmovedoras con un episodio acontecido en la Iowa University algunos años antes. John Cheever también enseñaba ahí por ese entonces y Ray y él comenzaron a beber juntos. Los escritores y los estudiantes comenzaron a preocuparse por ellos al punto de invitarlos a comer todo el tiempo para así asegurarse de que tendrían algo sólido en sus estómagos. Para fin de año tenían unas cuantas deudas con gente tan hospitalaria por lo que no tardaron en decir que los dos organizarían una gran fiesta para invitar a todos sus benefactores. Para ello reservaron la sala de banquetes en el Ramada Inn y enviaron docenas de invitaciones. Ray y Cheever tenían obligaciones previas—Cheever en la Costa Este y Ray en California—pero se juramentaron estar de vuelta en Iowa el día de la fiesta para organizar los últimos detalles. Pero los dos se emborracharon y perdieron sus aviones y esa noche los invitados llegaron a un salón vacío. No estaban allí sus agradecidos anfitriones ni la comida ni la bebida ni la música. Un salón que parecía el desierto de Gobi.

Sacudí su cabeza después de terminar la historia y se rio por lo bajo, entre dientes, según era su costumbre cada vez que recordaba con divertida desaprobación cómo había sido alguna vez. "Ray Malo", lo llamaba. Yo también sacudí mi cabeza mientras intentaba buscar algo que superara semejante anécdota. Había un elemento competitivo cuando intercambiábamos historias y yo sentí que no estaba dispuesto a dejarme superar una vez más.

—Bueno... Ray... Me vas a prometer que no le vas a contar esto a nadie—le dije de improviso, sin tener la menor idea de lo que iba a confiarle.

—¡Jesús, Toby, por supuesto! ¡Por supuesto!—se inclinó hacia mí—¿De qué se trata? ¿De qué se trata?

—No es algo que quiero que sepa la gente. Asintió. Lo entendí pero ya se estaba poniendo impaciente por recibir el producto en cuestión.

Hay entre nosotros una vieja coartada cuando se trata de justificar el haber dicho lo que no debíamos. *Las palabras salieron caminando de mi boca*. Bueno, éstas fueron las palabras que salieron caminando de mi boca y yo las contemplé alejarse con completa sorpresa y horror.

—Ray, yo fui heroinómano.

—¡No! ¡No, Toby!

No podía detenerme. La sorpresa y el horror de Ray eran todavía mayores de lo que yo sentí. No pude evitar sentirme profundamente impresionado. Y, bueno, lo que yo conocía sobre los cómicos y los porqués de la adicción a la heroína cabían en la cabeza de un alfiler. Así que improvisé. Dejé fluir con fuerza mis inventos sobre la credulidad de Ray hasta que me sentí satisfecho de haberlo superado. Entonces pensé: Dios mío, qué he hecho, qué estoy haciendo. Y cerré la boca dejando a Ray con ganas de más. Pero me mantuve en silencio y volví a hacerlo prometer que no se lo contaría a nadie.

Me sentí culpable durante semanas hasta la siguiente vez que me encontré con Ray. Tan pronto estuvimos a solas le dije que había algo que tenía que saber.

—¿De qué se trata, Toby?—me preguntó con obvia ansiedad por seguir escuchando sobre "agujas" y "fisuras" y "pavos frios".

Cuando le confesé que yo nunca había sido un adicto a la heroína se me quedó mirando en silencio. Le dije que lo lamentaba, que no tenía la menor idea de lo que me había obligado a decirle semejantes disparates.

Ray parecía destruido.

—¡Jesús...—susurró. Comencé a disculparme una vez más pero Ray no hizo más que un gesto con la mano resoldando importancia a todo el incidente. Fue entonces, cuando más di que él también tenía una pequeña confesión para hacerme.

—¿Qué es?

Bueno, la cuestión era que le había contado mi historia a algunas personas. A unas cuantas personas, en realidad. Pero les había hecho jurar no repetirla, me tranquilizó.

—No, Ray. No puede ser cierto. Asintió con la cabeza. Se sentía mortificado y avergonzado tanto que no podía despegar los ojos del suelo. Yo tan sólo miraba al piso.

—¿Cuántas personas?—le pregunté.

Ray se encogió de hombros.

Nos quedamos sentados allí por un rato. Entonces comenzamos a reírnos. No estoy seguro sobre quién se rió primero pero, en cuestión de segundos, no podíamos parar las carcajadas. Ray se dobló en su silla, golpeando el piso con sus pies. Yo aullaba y gritaba y me reía espasmodicamente hasta que mis mejillas estuvieron empapadas, hasta que cada centímetro del cuerpo me dolía por reírme.

Nunca volvimos a hablar sobre el incidente, pero de vez en cuando, otras personas, extraños la mayoría de ellos, se acercan a mí para ofrecermecrípticas palabras de simpatía y aliento.

Ray no se volvió más pequeño durante los días de su enfermedad. Ray creció. A él no le gustaba ser descrito en términos heroicos. Ese tipo de lenguaje le causaba un profundo aburrimiento. Pero lo cierto es que durante sus últimos meses, a medida que el cáncer se extendía, Ray hizo lo que hacen los héroes. Él fue hasta la tierra de las sombras y nos trajo de vuelta lo que había aprendido allí. La obra de Ray siempre ha estado condicionada por su sentido de la mortalidad—a menudo como una atmósfera de maligna posibilidad—pero en sus últimos relatos y poemas se los arregló para avanzar a la bestia de su rincón para mirarla a los ojos. Y el resultado de estos encuentros no tuvo que ver con el cinismo o la desesperación; por lo contrario, aumentaron aún más su apetito. Apetito de amor, de aventura, de amistad, de conocimiento, de trabajo, de un poco más de vida.

Así fue como Ray le respondió al miedo. Yo ya había visto y sentido todo esto con anterioridad, durante un viaje a Rhode Island, navegando con Richard Ford y mi hermano Geoffrey en "Blackwing", su nuevo bote. Habíamos planeado esta aventura como una especie de excursión pintoresca para llegar a la isla alejados por el peligroso viento Jolly Roger y saquear los negocios de Block Island para así demostrarle a los lugareños la clase de temibles individuos que podían llegar a ser un puñado de escritores.

Tal como resultó todo, no hubo nada de viento y atracamos en el muelle con nuestras velas recogidas envueltas en una nube del monóxido que despedía el motor del bote. Y en cuanto a hacer temblar a los locales, bueno, arrojamos una piedras en una fuente y Richard vomitó todo lo que había comido esa noche. Nada muy impresionante. De hecho, es probable que nos confundieran con un grupo de fanfarrones demasiado felices para resultar peligrosos, satisfechos por estar juntos y ser grandes amigos bajo el sol de un fin de semana.

Ray y yo regresamos el domingo por la tarde. Como nos adelantábamos en el Mohawk Valley una densa cortina de niebla creció desde los campos al costado de la carretera hasta cubrir la totalidad del camino por el que avanzaba nuestro automóvil. El cielo se volvió negro. El aire estaba pesado y quieto. Entonces comenzó a granizar y el granizo se convirtió en lluvia torrencial y ennegrecedora y los relámpagos caían aquí y allá a nuestro alrededor. Los truenos se sucedían casi sin pausa, sin darle tiempo a los relámpagos, y yo sentí una punzante frescura al respirar. Detuve el automóvil a un costado del camino. No se podía ver nada salvo los relámpagos cayendo. Entonces el mundo entero pareció sacudirse.

—¡Jesús!—exclamó Ray—. ¿Todo en orden, Toby?

Le dije que probablemente todo estaba bajo control. Ray dijo que con cuatro neumáticos debajo nuestro teníamos que estar seguros. Pero no sonaba demasiado convencido y yo tampoco lo estaba. Lo cierto es que—desconfiando de mi pecho peludo—nada me asusta más que los relámpagos. Ray también tenía miedo, al principio, pero su ennegrecida comenzó a distraerse exclamando su admiración cada vez que uno de los grandes caía cerca. Ray parecía—de algún modo—estar rindiendo tributo y reverencia a una gran actuación.

—¿No es algo increíble?—decía una y otra vez en la oscuridad, entre los relámpagos—(No es eso algo increíble?

RAYMOND CARVER TENÍA HAMBRE

Por Tobias Wolff



Traducción y adaptación de Rodrigo Fresán

LAS FORMAS TRADICIONALES DE PAGO ESTAN TECLEANDO.

BANCO PROVINCIA ES EL PRIMERO EN OFRECERLE EL PAGO DE LOS IMPUESTOS A TRAVÉS DEL SERVICIO DE BANCA ELECTRÓNICA PERSONAL BAPRO.



BANCO PROVINCIA
El Banco de la Provincia de Buenos Aires
CADA DÍA HASBANCO

LA RUTA 2
RUTA AL MAR

Tomando por ella hacia la costa atlántica, usted se beneficia con estos servicios:

- POSTES SOS Ubicados cada 10 Kms en zonas sin pobladas
- MOVILES DE SERVICIO Equipados para atender en mecánica ligera
- OPERATIVOS SOS y SOS SALUD. Dispuesto por la Gobernación para su seguridad
- RED DE SERVICIOS COVISUR: Negocios donde comprar con tranquilidad. Además GUIA TURISTICA con

RUTACHECKS - HOJA DE RUTA PROMOCIONES- SAMPLING DE PRODUCTOS - Para que en su viaje reciba un montón de sorpresas

ENSANCHE DE RUTA MANTENIMIENTO - TACHAS REFLECTIVAS - Para iniciar sus vacaciones seguras y confortables. Todo se lo brinda

COVISUR

CA PRODUCCIONES

entonces. Solíamos visitarnos seguido. Una noche, Ray y yo íbamos en el automóvil a algún lado intercambiando anécdotas de nuestro pasado. Ray contó algunas historias de sus días de borracheras coronándolas con un episodio acontecido en la Iowa University algunos años antes. John Cheever también enseñaba ahí por ese entonces y Ray y él comenzaron a beber juntos. Los escritores y los estudiantes comenzaron a preocuparse por ellos al punto de invitarlos a comer todo el tiempo para así asegurarse de que tendrían algo sólido en sus estómagos. Para fin de año tenían unas cuantas deudas con gente tan hospitalaria por lo que no tardaron en decir que los dos organizarían una gran fiesta para invitar a todos sus benefactores. Para ello reservaron la sala de banquetes en el Ramada Inn y enviaron docenas de invitaciones. Ray y Cheever tenían obligaciones previas—Cheever en la Costa Este y Ray en California—pero se juramentaron estar de vuelta en Iowa el día de la fiesta para organizar los últimos detalles. Pero los dos se emborracharon y perdieron sus aviones y esa noche los invitados llegaron a un salón vacío. No estaban allí sus agradecidos anfitriones ni la comida ni la bebida ni la música. Un salón que parecía el desierto de Gobi.

Sacudí su cabeza después de terminar la historia y se rió por lo bajo, entre dientes, según era su costumbre cada vez que recordaba con divertida desaprobación cómo había sido alguna vez. “Ray Malo”, lo llamaba. Yo también sacudí mi cabeza mientras intentaba buscar algo que superara semejante anécdota. Había un elemento competitivo cuando intercambiábamos historias y yo sentí que no estaba dispuesto a dejarme superar una vez más.

—Bueno... Ray... Me vas a prometer que no le vas a contar esto a nadie —le dije de improviso, sin tener la menor idea de lo que iba a confíarle.

—¡Jesús, Toby, por supuesto! ¡Por supuesto! —se inclinó hacia mí— ¿De qué se trata? ¿De qué se trata?

—No es algo que quiero que sepa la gente. Asintió. Lo entendía pero ya se estaba poniendo impaciente por recibir el producto en cuestión.

Hay entre nosotros una vieja coartada cuando se trata de justificar el haber dicho lo que no debíamos. *Las palabras salieron caminando de mi boca.* Bueno, éstas fueron las palabras que salieron caminando de mi boca y yo las contemplé alejarse con completa sorpresa y horror.

—Ray, yo fui heroinómano.

—¡No! ¡No, Toby!

No podía detenerme. La sorpresa y el horror de Ray eran todavía mayores de lo que yo sentí y no pude evitar sentirme poderosamente inspirado. Y, bueno, lo que yo conocía sobre los cómos y los porqués de la adicción a la heroína cabían en la cabeza de un alfiler. Así que improvisé. Dejé fluir con fuerza mis inventos sobre la credulidad de Ray hasta que me sentí satisfecho de haberlo superado. Entonces pensé Dios mío, qué he hecho, qué estoy haciendo. Y cerré la boca dejando a Ray con ganas de más. Pero me mantuve en silencio y volví a hacerlo prometer que no se lo contaría a nadie.

Me sentí culpable durante semanas hasta la siguiente vez que me encontré con Ray. Tan pronto estuvimos a solas le dije que había algo que tenía que saber.

—¿De qué se trata, Toby? —me preguntó con obvia ansiedad por seguir escuchando sobre “aguas” y “fisuras” y “pavos fríos”.

Cuando le confesé que yo nunca había sido un adicto a la heroína se me quedó mirando en silencio. Le dije que lo lamentaba, que no tenía la menor idea de lo que me había obligado a decirle semejantes disparates.

Ray parecía destruido.

—Jesús... —susurró. Comencé a disculparme una vez más pero Ray no hizo más que un gesto con la mano restándole importancia a todo el incidente. Fue entonces cuando me dijo que él también tenía una pequeña confesión para hacerme.

—¿Qué es?

Bueno, la cuestión era que le había contado mi historia a algunas personas. A unas cuantas personas, en realidad. Pero les había hecho jurar no repetirla, me tranquilizó.

—No, Ray. No puede ser cierto.

Asintió con la cabeza. Se sentía mortificado y avergonzado, tanto que no podía despegar los ojos del suelo. Yo también miraba el piso.

—¿Cuántas personas? —le pregunté.

Ray se encogió de hombros.

Nos quedamos sentados allí por un rato.

Entonces comenzamos a reírnos. No estoy seguro sobre quién se rió primero pero, en cuestión de segundos, no podíamos parar las carcajadas. Ray se dobló en su silla, golpeando el piso con sus pies. Yo aullaba y gritaba y me reía espasmódicamente hasta que mis mejillas estuvieron empapadas, hasta que cada centímetro del cuerpo me dolía por reírme.

Nunca volvimos a hablar sobre el incidente, pero de vez en cuando, otras personas, extraños la mayoría de ellos, se acercan a mí para ofrecerme crípticas palabras de simpatía y aliento.

Ray no se volvió más pequeño durante los días de su enfermedad; Ray creció. A él no le gustaría ser descrito en términos heroicos. Ese tipo de lenguaje le causaba un profundo aburrimiento. Pero lo cierto es que durante sus últimos meses, a medida que el cáncer se extendía, Ray hizo lo que hacen los héroes. El fue hasta la tierra de las sombras y nos trajo de vuelta lo que había aprendido allí. La obra de Ray siempre ha estado condicionada por su sentido de la mortalidad —a menudo como una atmósfera de maligna posibilidad— pero en sus últimos relatos y poemas se las arregló para arrancar a la bestia de su rincón para mirarla a los ojos. Y el resultado de estos encuentros no tuvo que ver con el cinismo o la desesperación; por lo contrario, aumentaron aún más su apetito. Apetito de amor, de aventura, de amistad, de conocimiento, de trabajo, de un poco más de vida.

Así fue como Ray le respondió al miedo.

Yo ya había visto y sentido todo esto con anterioridad, durante un viaje a Rhode Island, navegando con Richard Ford y mi hermano Geoffrey en “Blackwing”, su nuevo bote. Habíamos planeado esta aventura como una especie de excursión pirata. La idea era llegar a la isla alejados por el peligroso viento Jolly Roger y saquear los negocios de Block Island para así demostrarle a los lugareños la clase de temibles individuos que podían llegar a ser un puñado de escritores.

Tal como resultó todo, no hubo nada de viento y atracamos en el muelle con nuestras velas recogidas envueltas en una nube del monóxido que despedía el motor del bote. Y en cuanto a hacer temblar a los locales, bueno, arrojamos una piedras en una fuente y Richard vomitó todo lo que había comido esa noche. Nada muy impresionante. De hecho, es probable que nos confundieran con un grupito de fanfarrones demasiado felices para resultar peligrosos, satisfechos por estar juntos y ser grandes amigos bajo el sol de un fin de semana.

Ray y yo regresamos el domingo por la tarde. Cuando nos adentrábamos en el Mohawk Valley una densa cortina de niebla creció desde los campos al costado de la carretera hasta cubrir la totalidad del camino por el que avanzaba nuestro automóvil. El cielo se volvió negro. El aire estaba pesado y quieto. Entonces comenzó a granizar y el granizo se convirtió en lluvia torrencial y enneguecedora y los relámpagos caían aquí y allá a nuestro alrededor. Los truenos se sucedían casi sin pausa, sin darle tiempo a los relámpagos, y yo sentí una punzante frescura al respirar. Detuve el automóvil a un costado del camino. No se podía ver nada salvo los relámpagos cayendo. Entonces el mundo entero pareció sacudirse.

—¡Jesús! —exclamó Ray—. ¿Todo en orden, Toby?

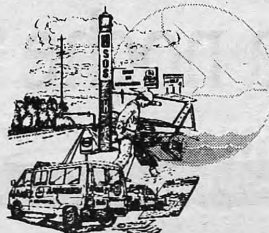
Le dije que probablemente todo estaba bajo control. Ray dijo que con cuatro neumáticos debajo nuestro teníamos que estar seguros. Pero no sonaba demasiado convencido y yo tampoco lo estaba. Lo cierto es que —desconfíen de mi pecho peludo— nada me asusta más que los relámpagos. Ray también tenía miedo, al principio, pero enseguida comenzó a distraerse exclamando su admiración cada vez que uno de los grandes caía cerca. Ray parecía —de algún modo— estar rindiendo tributo y reverencia a una gran actuación.

—¿No es eso algo increíble? —decía una y otra vez en la oscuridad, entre los relámpagos— ¿No es eso algo increíble?



Por Tobias Wolff

LA RUTA 2
RUTA AL MAR



Tomando por ella hacia la costa atlántica, usted se beneficia con estos servicios:
POSTES SOS: Ubicados cada 10 Kms en zonas poco pobladas.
MÓVILES DE SERVICIO: Equipados para atenderlo en mecánica ligera.
OPERATIVOS SOL Y SOL SALUD: Dispuesto por la Gobernación para su seguridad.
RED DE SERVICIOS COVISUR: Negocios donde comprar con tranquilidad.
Además GUÍA TURÍSTICA con

RUTACHECKS - HOJA DE RUTA
PROMOCIONES- SAMPLING
DE PRODUCTOS - Para que en su viaje reciba un montón de sorpresas.
ENSANCHE DE RUTA
MANTENIMIENTO - TACHAS
REFLECTIVAS - Para iniciar unas vacaciones seguras y confortables.
Todo se lo brinda

COVISUR

CM PRODUCCIONES

**REVELE SUS
FOTOS EN
♥ CUORE**
FOTOCOLOR EN MINUTOS
**Y PLANTE UN
ARBOL CON
IDEA EN
MAR DEL PLATA**

**REVELE SUS
FOTOS EN
♥ CUORE**
FOTOCOLOR EN MINUTOS
**Y PLANTE UN
ARBOL CON
IDEA EN
MAR DEL PLATA**

Verano/12

MUSICA

San Bernardo

- Yabor, en el Teatro del Sol, Chiozza 2047. Esta noche después de las 0.30, desde Uruguay, candombe, entrada 10 pesos.
- Sandro, en el Arenas 2 Chiozza 1774, mañana a las 24.
- Oscar Kreimer, saxofonista. Jueves, viernes, sábados y domingos en el Riviera Bar, Chiozza 1820. Después de la 1 de la madrugada.
- Nati Mistral, *Inolvidable*, en el LYF, Chiozza y Esquíu. Canciones y poemas de España. Osvaldo Berlinghieri en piano, Agustín Hellín en guitarra flamenco. Mañana a las 22.
- Los Músicos, en el Café Los Músicos. Av. Chiozza y esquina Mensajería. Todas las noches después de las 24. Entrada libre y gratuita.

TEATRO

San Clemente del Tuyú

- *El último varón*, de Jorge Bellizzi. Con Dario Vittori y Cristina del Valle. Comedia en el Embassy, Calle 19 N° 55. Este domingo despedida.
- *La lección de anatomía*, de Carlos Mathus. Clásico, 22 años de éxito ininterrumpido, en el Teatro de la Galería. Calles 1 y 3. Esta noche despedida a las 23.30.

Santa Teresita

- *Trans-Frappe*, espectáculo de imitadores y transformistas, hombres y mujeres en escena. Teatro Amarcord, Calle 2 entre 37 y 38. El lunes a las 24 última función.
- *Deschave de matrimonios*, de Zuhair Jury, dirigida por Edgardo Calné. Comedia con la actuación de Tincho Zabala y Beatriz Taibo. En el Teatro Amarcord, Calle 2 entre 37 y 38. Hoy última función de la temporada a las 22. Entrada 15 pesos.
- *Toco y me voy*, de Jorge Mazzini, dirige y actúa Fabián Gianola. Comedia, una periodista y un jugador de fútbol, con Adriana Salgueiro y Fernanda Callejón. Teatro Amarcord, Calle 2 entre 37 y 38. El domingo última función a las 22.
- *El último varón*, comedia de Jorge Bellizzi. Con la actuación de Dario Vittori y Cristina del Valle. En el Atlántico, 41, N° 258, esta noche última función a las 22.30.

San Bernardo

- *Toco y me voy*, de Jorge Mazzini, dirige y actúa Fabián Gianola. Comedia, una periodista y un jugador de fútbol, con Adriana Salgueiro y



• El Parque de los Dinosaurios. Los chicos pueden ver un documental, conocer un triceratops por dentro, mirar un tiranosaurio-rex. En Chiozza entre Mensajerías y De la Reducción. Todos los días desde las 17 hasta las 2.

Mar de Ajó

• *Te regalo un cuento*, de Rubén Spinacci, show musical infantil. Canciones con Pablo Gancedo y Laura Sercha. En el Teatro Escuela Bellas Artes, Yrigoyen 20. Todos los días 2 funciones a las 21 y a las 22. Gratis.

PASEOS

Costa del Este

• El Cristo y la Magdalena, monumento único en Sudamérica esculpido en una sola pieza de mármol de carrara de 5 m de altura. Raúl Podestá ejecutó la obra en 1944, después de 6 años de trabajo. Por el boulevard de acceso a Costa del Este.

Las Toninas

• Barco hundido, embarcación de bandera inglesa, con casco de hierro que se quedó en posición paralela a la costa en 1863, a 13 km del Cabo San Antonio. Fue construido en 1865, pueden verse restos de cubierta.

• Cementerio de caracoles, cerca del barco hundido y en todas las playas de Las Toninas, una corriente marina deposita especies raras de caracoles, para coleccionar.

Mar de Ajó

• Cerca de Nueva Atlantis, localidad pegada a Mar de Ajó, se encuentra un "cementerio de caracoles" y, hacia el sur, a 22 km Punta Médanos. Congradas dunas de "arenas vivas", se puede visitar en el lugar el faro en servicio desde 1893. Punta Médanos es ideal para la práctica de turismo de aventura que incluye la pesca de tiburones, éstos circulan en las "canaletas" cuya profundidad alcanza hasta los 40 metros.

Fernanda Callejón. Esta noche y mañana a las 22, el domingo a las 24, en el Teatro del Sol, Chiozza 2047.

• *El último varón*, comedia de Jorge Bellizzi. Actúan Dario Vittori y Cristina del Valle. En el Arenas 2, Chiozza 1774, mañana sábado despedida a las 22.30.

• *Made in Lanús*, de Nelly Fernández Tiscornia. Por el Teatro Estable de San Bernardo en el LYF, Chiozza y Esquíu el domingo a las 21.

Mar de Ajó

• *La lección de anatomía*, de Carlos Mathus. Clásico, 22 años de éxito ininterrumpido, en el Teatro Casino Playa, Yrigoyen y Espora. Mañana a las 24.

DEPORTES Y JUEGOS DE PLAYA

- La Dirección de Deportes del Municipio de la Costa organiza juegos recreativos de destreza física para grandes y chicos en todos los balnearios municipales de San Bernardo.
- Mañana y el domingo Torneo de Golf a 36 hoyos para todas las categorías en el Santa Teresita Golf Club. Desde las 9 de la mañana.
- Competencias náuticas en Tapera de López, San Clemente del Tuyú. Hoy y mañana y el domingo cierre de la temporada.

Sandro actuará mañana en San Bernardo.

FIESTA

• El próximo lunes fiesta con todos los elencos que participaron en el Municipio de la Costa con la entrega de los premios FM Cielo. En el Apart Villa del Sol en Costanera al 4000, desde las 23 música bahiana, salsa y merengue.

PIBES

San Bernardo

• *Corazolandia*, de Mariano Gatti y Alicia Falcón, con la dirección de Alicia Falcón. Espectáculo dirigido a los bajitos que trata sobre la defensa de la ecología y el medio ambiente. Mañana y el domingo a las 20, en el Teatro del Sol, Chiozza 2047.

AGENDA

El sol • La playa • La noche

Más cerca de sus ganas de disfrutar el verano, La Costa tiene de todo.

MUNICIPALIDAD DE
LA COSTA

(01) 381-0764 • 383-7990/8443
(0246) 20-387/20-474/20-126